

PUNTES

EL PONDERAL



Nº 3

Revista sobre el Patrimonio de la Sierra de Hoyo de Manzanares editada por la ASOCIACIÓN CULTURAL EL PONDERAL

15 DE JULIO DE 2020



APUNTES DE EL PONDERAL



NÚMERO 3 + 15 DE JULIO DE 2020
Disponible en apuntesdeelponderal.wordpress.com
Primera edición: julio de 2020 + 500 ejemplares

Revista sobre el Patrimonio de la Sierria
de Hoyo de Manzanares editada por la
ASOCIACIÓN CULTURAL EL PONDERAL

CUBIERTA: Montaje de **Lucía Villaescusa** y **Ernesto Hidalgo**
sobre detalle de foto del azulejo decorativo del banco
del Parque de Alcántara, Hoyo de Manzanares

COMITÉ EDITORIAL:

Gonzalo de Luis | José Luis Soriano | Gloria Tena | Antonio Tenorio | Lucía Villaescusa

HAN INTERVENIDO EN LA REVISIÓN DE LOS TRABAJOS:

Clara Alcalá	Joaquín Blasco	Pilar García Martín	José Luis Soriano
Alberto Álvarez	Hortensia Chamorro Villanueva	Julio Gisbert	Antonio Tenorio
Gabriel Arenas Ybarra	Miguel del Corro	Gonzalo de Luis	Lucía Villaescusa
Juan Manuel Blanco Rojas	Adrián de la Fuente	Luis Rey	Carmen Ybarra

GONZALO DE LUIS: Al recobro de lo oído y lo vivido	3
LUCÍA VILLAESCUSA • ELVIRA GARCÍA • CHARO GÓMEZ • SANDRA GÓMEZ: El Yacimiento de la Cabilda. Tendiendo lazos entre la arqueología, el patrimonio cultural y la sociedad	14
GABRIEL ARENAS YBARRA: El despoblado de Carbonero	29
GLORIA TENA: Pajares y corrales en Hoyo de Manzanares	41
JUAN MANUEL BLANCO ROJAS: Rebatando al cura párroco del Hoyo, don Francisco Ignacio Muñoz, 1786	49
ISABEL PÉREZ VAN KAPPEL: Una historia real de bandoleros entre Hoyo de Manzanares y Torrelodones a principios del siglo XIX	55
HORTENSIA CHAMORRO VILLANUEVA: José Muñoz del Castillo, pionero de los estudios radiactivos en España, y la histórica casa Tanuchi de Hoyo de Manzanares	63
RAMÓN JIMÉNEZ MARTÍNEZ • M.ª PILAR HERNÁNDEZ PINILLA • M.ª JOSÉ TORRES MATILLA • RUTH GONZÁLEZ LAGUNA: El patrimonio mineralógico de Hoyo de Manzanares	77
DIEGO GIL TAPETADO • ANTONIO ORDÓÑEZ VALVERDE: La ciencia ciudadana y el estudio de la biodiversidad: el Observatorio Ciudadano de la Biodiversidad de Hoyo de Manzanares	87
JULIO PAREJA: La Colonia Vindel	97
PILAR GARCÍA MARTÍN: Hoyo de Manzanares. ¡Salud, agua y mus!	100
GONZALO DE LUIS: Crónicas del Serrejón: y los cucos juegan al chito	105
GLORIA TENA • ANTONIO TENORIO: Proyecto Tavera. Rescatando documentos históricos para nuestro archivo municipal	120



COORDINACIÓN: Gonzalo de Luis y Antonio Tenorio |

DISEÑO: Alfonso Meléndez | IMPRESIÓN: Artes Gráficas San Miguel

APUNTES DE EL PONDERAL se publica en edición impresa y en internet bajo licencia Creative Commons Atribución-No comercial- Sin Derivar 4.0 Internacional. • Los trabajos presentados han sido revisados anónimamente y modificados o retirados por su autor o autora siguiendo sus recomendaciones o las sugerencias editoriales. • En apuntesdeelponderal.wordpress.com se puede acceder a las versiones en formato pdf y html de este número y de los anteriores. • Editado por Asociación Cultural El Ponderal • elponderal.wordpress.com • apuntesdeelponderal@gmail.com

Editorial

PRESENTAMOS este nuevo número de la revista **APUNTES DE EL PONDERAL**, y es imposible no hacer mención al COVID-19. Cuando escribimos estas líneas, llevamos ya más de tres semanas encerrados, al menos los que no trabajamos en profesiones que permiten el mantenimiento y cuidado de una sociedad: el virus nos ha devuelto a los tiempos en que las profesiones se cen-

traban en el suministro de alimentos y materiales necesarios para la supervivencia, así como en la atención sanitaria. Nos ha devuelto también nuestra propia imagen de miembros de la naturaleza, quitándonos la venda de los ojos que nos impedía ver que somos seres vulnerables y que las leyes de la naturaleza también nos afectan como a cualquier otro ser vivo.

‡ Es difícil concretar qué es lo que nos hace humanos, qué nos define, pero parece que uno de los rasgos que podemos rastrear en esa búsqueda de nuestra propia humanidad es el cuidado de los miembros del grupo. Se han hallado restos fósiles de individuos con patologías, en algunos casos graves, que aún así llegaron a la edad adulta en sociedades de cazadores recolectores de hace hasta 200.000 años. Necesariamente debieron contar con el apoyo del grupo para sobrevivir, debieron recibir cuidados y una atención especial por sus patologías. Parece que estos seres humanos de la prehistoria ya habían entendido que la cooperación nos hace más fuertes. Y en estas semanas, a golpe de necesidad, hemos entendido que sólo la ayuda mutua y la colaboración puede ayudarnos.

‡ En este número de la revista, cuando echamos la vista atrás vemos ese pasado en el que la vida parecía más sencilla y las labores se centraban en lo más esencial: encontramos en La Cabilda un poblado de hace 1.300 años en el que se utilizaba lo que el medio circundante disponía para subsistir; buscamos la localización del olvidado poblado de Carbonero, donde se aprovecharían todos los recursos del monte, incluido el carbón derivado de la combustión de la madera; nos asomamos a los antiguos pajares y corrales, en los que se guardaban los productos agrícolas y los animales de la rabaños ganaderos; rebatiendo la visión negativa que de los hoyenses del siglo XVIII tenía el párroco de aquel momento, vemos un pueblo dedicado al pastoreo, a la cantería y al aprovechamiento de la leña y el carbón, cuyos excedentes eran llevados a Madrid por los carreteros para venderlos. Aunque, como se nos muestra en el artículo sobre los bandoleros entre

Hoyo y Torrelodones en el siglo XIX, siempre ha habido malhechores que aprovechan cualquier ocasión para beneficiarse personalmente.

¶ Además de la cooperación y solidaridad, otro elemento que nos ayudará a salir de la situación actual es el conocimiento científico. Si bien es cierto que somos parte de la naturaleza, nuestro intelecto nos ha permitido desarrollar las ciencias que nos han ayudado en el conocimiento de nuestro entorno, la optimización de los recursos y la cura de enfermedades. Como vemos estos días, invertir en ciencia es imprescindible. Así, en este número de nuestros **APUNTES DE EL PONDERAL**, también nos asomamos al conocimiento científico que se ha desarrollado en relación a nuestro entorno: repasamos la figura de José Muñoz del Castillo, pionero en los estudios de radioactividad a principios del siglo XX que le trajeron hasta Hoyo, convirtiéndole en el primer propietario de la actual Casa Tanuchi; valoramos el patrimonio minereológico del municipio, analizando los principales afloramientos y minas presentes en el término; y vemos, una vez más, cómo la colaboración ciudadana con la ciencia da resultados tan favorables como la creación del Observatorio Ciudadano de la Biodiversidad de Hoyo de Manzanares.

¶ Dos reclamos publicitarios y un juego nos trasladan a la parte más social del pueblo: el folleto sobre la Colonia Vindel sirve de excusa para conocer más sobre el proyecto de Marcelo Usera, y el eslogan «Hoyo de Manzanares, ¡Salud, agua y mus!» es el pretexto para hacer una crónica social de parte del siglo XX, que queda completada con un trabajo sobre el juego del chito que, conocido desde hace siglos en distintas parte de España, sigue más que vivo en nuestro pueblo.

¶ Abrimos este número con un trabajo con el que hemos querido hacer un homenaje a la primera revista que tuvo el pueblo, La Voz de Hoyo, así como a sus promotores, sintiéndonos unidos en el deseo de plasmar lo hoyense por escrito. Lo cerramos contando el trabajo que estamos llevando a cabo en el Archivo de Tavera, rescatando documentos históricos sobre el pueblo para que la labor de estudio e investigación sobre nuestro pasado pueda continuar en el futuro.

¶ Desde **EL PONDERAL** siempre hemos creído en el papel de la ciudadanía en la sociedad, por eso, además de agradecer a todos los profesionales que durante esta crisis sanitaria nos están cuidando –en el amplio sentido de la palabra–, queremos aplaudir todas las iniciativas vecinales que se han dado en Hoyo y que están sirviendo para ayudarnos los unos a los otros. Que al menos esta situación nos sirva para aprender y para estar más unidos. ✦

AL RECORO DE LO OÍDO Y LO VIVIDO

Homenaje a la revista *La Voz de Hoyo*

Gonzalo de Luis

EN su forma, cinco folios grapados, escritos a máquina, a doble o triple columna, con maquetación artesana y primaria, gráficos dibujados a mano, de prosa directa y eficaz, afán voluntarioso e inmediato, sin ningún propósito trascendente; en su contenido, un elenco de propuestas entusiastas y verosímiles, una suerte de crónica

periodística de lo vivido, un relato sentimental de lo oído, una invocación al pasado con escaso soporte en las fuentes escritas, pero con la firme intención de mantener la tradición oral heredada. Me encuentro ante los catorce números de *La Voz de Hoyo*, revista que entre abril de 1980 y mayo de 1981, se publicó y difundió en Hoyo de Manzanares.

Fueron hojas volanderas, efímera constancia, que ahora, tras casi cuarenta años, se leen con otros ojos: lo que era noticia, propuesta, chisme, denuncia, anuncio y aviso, hoy es vestigio, fuente de historia; lo que era fuente oral, ha quedado en testimonio escrito de un acervo incuestionable que hoy pocos retienen. De ahí su valor actual, y de ahí la intención de recobrar con este artículo lo oído y lo vivido en esa breve y valiente revista. Que sirva como homenaje.

La historia local

EN el número uno se transcribió la descripción sobre Hoyo en el *Diccionario Madoz* de 1847 como una invitación para que, a partir de ahí, fuesen los vecinos los que alimentasen el recuerdo histórico. Conviene precisar que, para

entonces, no había muchas más referencias bibliográficas sobre Hoyo que este tratado o el Cantó Tellez. No se había editado ninguna monografía de historia local ni siquiera de carácter divulgativo, y los estudios académicos que pudieran ser útiles aunque parciales en el dato, no resultaban de fácil acceso, por lo que

los aficionados, legos en los manejos historiográficos, tenían la tradición oral como única referencia. Por ejemplo, fue dos años después, en 1983, cuando se publicó la primera edición de la Crónica de los Pueblos de Madrid, de Isabel Montejano, en la que se incluía una semblanza histórica, lírica y sentimental, de un apetitoso y tradicional Hoyo.

El más conspicuo de los colaboradores en cuestiones históricas fue don Mariano Fernández Bravo, Machaco, así llamado, cariñosamente, por su tendencia a insistir. En los años en que se editó la revista, ya jubilado, dedicó su tiempo e inquietud a divulgar las verdades de antaño, que tomaba como incuestionables por vagar de voz en voz.

Don Mariano era natural de Hoyo. Nació en 1908. Hizo la Guerra en Teruel, donde una bala perdida y benigna le mandó a retaguardia y le libró del frío. Apenas tenía estudios primarios. Trabajó y vivió en Madrid, como dependiente de droguería y bibliotecario del Montepío de Perfumistas y Drogueros de Madrid. Retirado en su pueblo, dedicó sus horas de viudo sin hijos a recorrer los

campos, a indagar entre paisanos, para censar ruinas, anécdotas y costumbres. Fue su curiosidad la que le impulsó a investigar con escasísimos medios y facultades; pero estaba dotado de una finísima sensibilidad hacia lo pretérito, y si falló en teorías superadísimas, no fue superado en el propósito, porque con la mirada sensible y tenaz del autodidacta, también se recaba la historia. No fue comprendido, por fantasioso, por reiterativo, pero hoy debe ser reivindicado. Es un gesto obligado para aquellos que relatamos lo remoto. En este número de los Apuntes, nuestra colaboradora Hortensia Chamorro nos recuerda que don Mariano sirvió de guía oficioso en sus andanzas por nuestra sierrita al innovador científico don José Muñoz del Castillo.

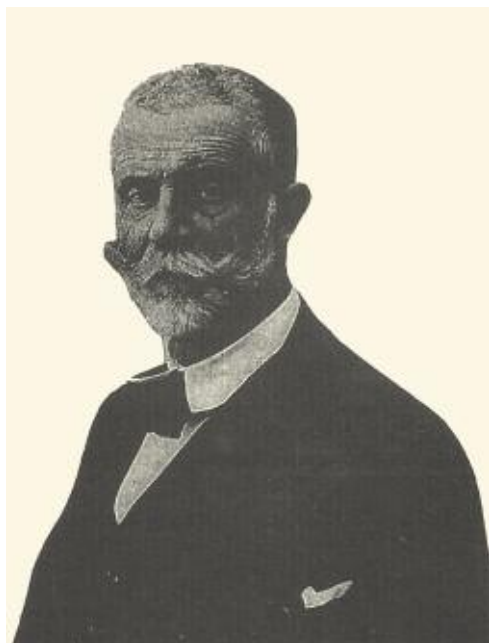
Así, manejándose con el dato constatado por la tradición y las escasas referencias académicas accesibles, evocó lugares, personas y costumbres con prolijidad en el detalle menor, ese detalle que, si bien es sólo gravilla en la gran historia, es la esencia de la historia local, la historia mínima del pasado cotidiano.



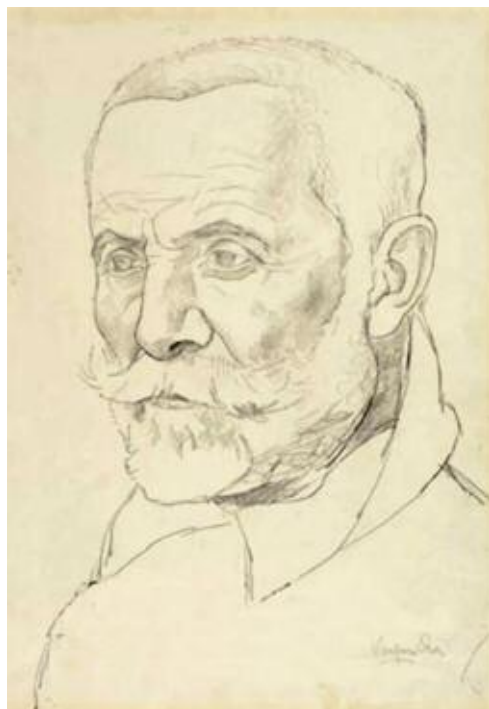
Don Mariano Fernández Bravo, *Machaco*, relator de lo oído y lo vivido

La escuela de cerámica de Francisco Alcantara





Don Francisco Alcántara, austero y monacal, en una fotografía de época y retratado por Daniel Vázquez Díaz



Por ejemplo, evocó lo que fue el parque Alcántara antes de ser parque, antes de los Alcántara, incluso. Y es que, en este céntrico jardín donde está ahora ubicado el edificio de la obra social, antes estuvo el hotelito que mandó construir el afamado ceramista don Francisco Alcántara, fundador de la Escuela de Cerámica de Madrid y, con los hermanos Zuloaga, divulgador del arte de la loza pintada.

Recuerdo un artículo de 1923 de don Constancio Bernaldo de Quirós en el número 118 de la revista *Peñalara*, donde ensalza la figura de don Francisco como de un amante del Guadarrama con una acertada y feliz querencia por Hoyo de Manzanares como destino inédito de recreo. En dicho artículo, don Constancio eleva el deseo de que Don Francisco

de una vez acepte la invitación de escribir en la misma revista Peñalara un artículo sobre el pueblo y su sierrita. Qué lástima que no cumpliera con la invitación, o qué lástima, si lo hizo, no encontrar el artículo.

Tras don Francisco, habitó el hotelito su hijo, el malogrado don Jacinto, también director de la Escuela de Cerámica y continuador de la obra del padre, y digo malogrado porque un loco, sin más, le apuñaló en la puerta de su casa, en el Paseo de Pintor Rosales, 52, en Madrid.

Y volviendo a don Mariano Fernández y sus evocaciones, nos dice que el parque Alcántara, antes de ser vivienda, fue, hace más de cien años, el herrén de Juan Moreno García, un hoyense de pura cepa; y que luego de comprárselo,



don Francisco encargó la construcción de su casa a Domingo Martínez Crespo, que fue además el alcalde que trajo las aguas desde la Torrecilla, hoy Campo de Maniobras del Palancar, y levantó para ello una imponente fuente pública, que, con los años, se desmontó y se abandonó en el frontón, para volverse a instalar, porque era lo suyo, y hoy luce junto a la vieja iglesia con su prestancia granítica; y recuerda don Mariano que don Francisco invitaba a sus alumnos para impartirles clases en esta naturaleza tan bizarra y nítida de Hoyo; y dice, de paso, que el frontón lo promovió el que fue médico en los años veinte, don Joaquín Ruiz Heras; e invoca don Mariano al Alcalde Félix Martínez Crespo y Cayetano Ruiz, el tío Caete, que, como constructores, levantaron el chalet Los Álamos

Inauguración y bendición de la traída de aguas en 1929 siendo alcalde don Domingo Martínez Crespo

para don Marcelo Usera, el promotor del barrio del mismo nombre en Madrid, y es hoy uno de los más antiguos y principalísimos edificios del Hoyo celular. Y así hila don Mariano la historia, entre cuitas y cosas menores, quizás sin saber que, con los años y una curiosidad creciente, adquirirían importancia.

Las tumbas que se encuentran en el paraje de Santa Ana, en el cementerio y sus inmediaciones, y las que se encuentran en la ladera sur de la Torrecilla, apenas fueron mencionadas parcamente en alguna guía o tratado hasta que don Mariano dio su testimonio citando el número, su estado y su ubicación exacta, lo que es valiosísimo para cons-

tatar las que fueron destruidas posteriormente. En ese afán recuerda cómo hasta los años cuarenta, antes de cerrarse el monte para la creación de la Academia de Ingenieros y campo militar, eran perfectamente distinguibles los restos de un poblado y un horno que dice celtíbero, las marcas precisas e inclasificables en unas rocas en la finca municipal de las Viñas, y una pileta y rocas labradas en forma de escalera en el Monte Ejido. Erróneo datación la celtíbera que suena a invocación mítica más que a teoría labrada. Don Mariano lo puso en conocimiento de la Dirección General de Excavaciones Arqueológicas, que poco sabían de estos restos, y poco caso le hicieron.

Echaba en falta alguna publicación histórica que tratase de Hoyo, o, cuanto menos, reconocía no conocerla, pero a falta de información, reunía en una confusa miscelánea de épocas lo que le constaba. Así, atribuía a los árabes las dos atalayas de vigilancia que existen en el Serrejón, y a los árabes, también, las monedas que hasta principios del siglo XX eran usadas por los niños para sus juegos, unas monedas conocidas por «ochavos morunos» por que estaban grabadas con supuestos signos arabescos.

Hoy sabemos que las tumbas y los restos de poblados corresponden a una época tardo antigua del siglo VII de nuestra era. Que los restos de la atalaya de la Torrecilla se corresponden a la dominación islámica, pero que la torre de El Estepar es del telégrafo óptico decimonónico, y que las monedas con que jugaba de niño serían, seguramente, céntimos de cobre de Alfonso XII, tro-

quelados en su centro y con sobre grabados para otros usos.

Pero las ruinas principales, las sepulturas y los poblados circundantes, son y han sido objeto de continuo estudio desde las primeras prospecciones en los años noventa, y se han revalorizado con la creación de una zona arqueológica visitable en la Cabilda. Es lo que don Mariano hubiese querido con su luminosa, ingenua y optimista inquietud.

Por esa lluvia fina de anécdotas que ofrece don Mariano sabemos que antaño, en época de esquila, venían siempre pastores del pueblo segoviano de Matabuena, y para la siega y la recolección de cereal, algarrobas y garbanzos, gallegos de Lugo, que comían una típica olla comunal, grasa y contundente. Esos campos no los hemos conocido, pero hoy son los parajes de enebros, chaparras, jaras y tomillos que caracterizan el Serrejón. Serrejón que fue venero de piedra para la construcción, y cisco, gavillas y leña gruesa para las tahonas. La piedra de las canteras de Monte Ejido, la Moraleja, las Viñas y la Majada del Romero se bajaba en carretas de bueyes por el camino del Pardo (antes de su cierre tras la Guerra) y sirvió esta piedra para construir el Banco de España, el Ministerio de Hacienda carolino, el Hospital de San Carlos, el Puente de Toledo, el pedestal de la estatua de Felipe III en la Plaza Mayor de Madrid, y metros y metros cuadrados de pavimentación con adoquín.

No fue hasta veinte años después de *La Voz de Hoyo* que no se editó una primera monografía sobre la historia del pueblo. Fue de la mano de don Alberto Clavero Roda, historiador que, con respeto pero cautela, abordó la tradición, y

con rigor y solvencia las fuentes documentales.

En un acierto de rescate, recabando la historia, los editores de *La Voz de Hoyo*, por ejemplo, recogieron y ampliaron un largo reportaje/entrevista en la revista Estampa de 10 de septiembre de 1929, al ya entonces longevo Facundo Baelo Trigales, el Tío Correo, cartero que recibió la medalla del trabajo por sus miles y miles de kilómetros recorridos a pie entre Hoyo y Colmenar o Torrelodones. Su hazaña vital se hizo legendaria y sorprendente, pues recorrió los caminos cuando entre estas poblaciones sólo había caminos.

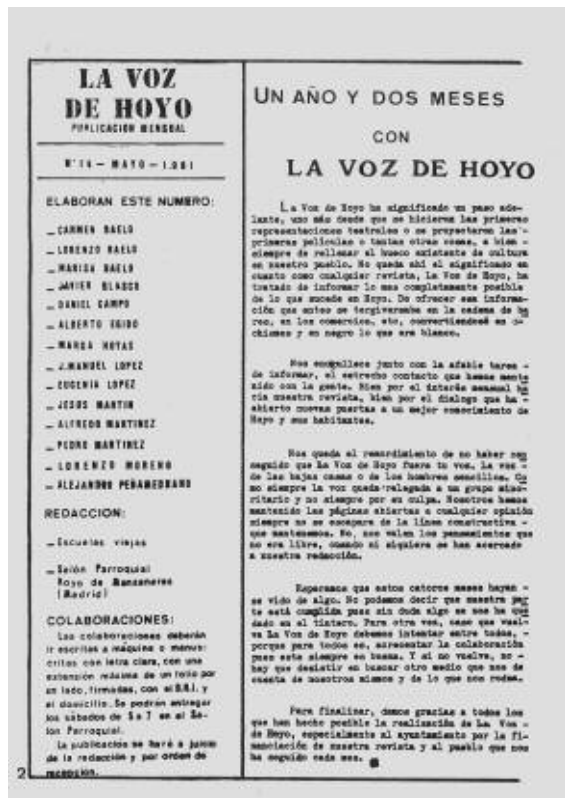


Don Alejandro Peñamedrano, carismático cura párroco de Hoyo, tuvo una presencia incuestionable en la revista con sus escritos preclaros, entre la homilía, la arenga y la crónica. Llegó al pueblo unos diez años antes, teniendo que atender espiritualmente a los últimos condenados a muerte fusilados en el Campo Militar del Palancar, lo que le marcó inexorablemente. Pero este joven sacerdote ya mostraba el carácter y la falta de complejos que siempre le caracterizó. También, cuando llegó, se encontró una iglesia que amenazaba ruina, que había sido hartamente expoliada en la Guerra Civil, imágenes y archivo incluidos, y a la que los vecinos les costaba dar por amortizada. Pero don Alejandro defendió la postura del Obispado consistente en construir en 1973 un nuevo templo de estilo moderno, con más capacidad y prestaciones y con uso polivalente, no sin dejar de destinar una parte



Portada del número 1, abril de 1980

del viejo templo a capilla de la Virgen del Hoyo. Sus comentarios resultan hoy esclarecedores para entender y atender una polémica muy razonable y bien intencionada. Y digo razonable porque las iglesias, las de los pueblos, sobremanera, han sido símbolo de bienvenida con el bautismo, testigo de matrimonios, penitencias y alegrías dominicales, y cobijo de difuntos bajo sus losas y sus atrios, y la de Hoyo fue eso ininterrumpidamente para los cucos durante siglos y, de repente, el símbolo, el testigo y el cobijo, cambiaron de un día para otro porque los muros ya no sostenían el tejado, y hacía falta más espacio, y ya no impor-



taba tanto abandonar el viejo edificio a la añoranza como disponer de una nueva iglesia que funcionase como templo y como epicentro social.

Con motivo de la adquisición de la vieja y ruinoso iglesia por el Ayuntamiento, en permuta con los terrenos para la nueva, la revista recogió sugerencias, pareceres y nostalgias varias. Recobro el sentido epicedio que escribió don Mariano sobre el templo marchito, donde invocaba al Tío Tomás, el recordado sacristán, organista y campanero; la viejísima costumbre de los mozos de voltear la campana chica y la grande para mostrar su júbilo en fiestas; el recuerdo que siempre quedó en el pueblo del sacrilego saqueo de las tropas del

Portada y página 2 del último número, mayo de 1981

Archiduque Carlos en la Guerra de Sucesión; el incendio en la Guerra de Sucesión; el incendio en la Guerra de Sucesión de los años 24 en que desaparecieron dos cuadrillos míticos atribuidos a Velázquez y la antigua imagen de la Virgen de la Encina; y el expolio de las campanas y el latrocinio con las imágenes y altares durante la última guerra civil.

Y también relativo a la Iglesia, la revista recoge el testimonio oral de uno de los más ancianos y preclaros miembros de la Hermandad de la Virgen, don Serafín Baelo, llamado Romanones, porque, como Romanones, era cojo. El mote se lo pusieron porque con otros paisanos trabajó como ojeador en una cace-

ría en la que participaba el Conde de Romamones, que se sintió ofendido al ver cómo andaba Baelo, tomando su paso zambo como burla. Se deshizo el mal entendido, con disculpas y comprobaciones de cojeras ciertas, pero se quedó el mote.



Nacen las hermandades y cofradías en la Edad Media como una suerte de asociación religiosa, en ocasiones vinculadas a un gremio, profesional o menestral, en otras, más puras, como mera organización de la devoción colectiva, pero, en todos los casos con una clara vocación caritativa y asistencial, de ayuda mutua, siendo el germen en el siglo XIX de los Colegios Profesionales y las Mutuas y Montepíos, quedando, a día de hoy, las Hermandades como agrupaciones lúdico/religiosas. La de Hoyo aun permanece como, quizás, la más antigua institución del pueblo.

Aunque el historiador de Hoyo, don Alberto Clavero, trató con rigor en el número 23 de los Cuadernos de Estudio de Colmenar Viejo algunos aspectos históricos de esta Hermandad, nos interesa ahora lo que el común sabía y arrastraba por tradición. Así, siempre se le ha otorgado la misma antigüedad que la Iglesia. Antaño, formaban parte de la misma todos los varones del pueblo. Sus días más señalados eran el Corpus Christi y la Virgen del Rosario, con sendos pasacalles, acompañados de gaita, tambor y vino, y, en el recuerdo de celebraciones pasadas, sólo recordadas por los más ancianos de entonces, los legendarios rondós de dulzaina y tamboril de

Chapinería, o los del Tío Dionisio y su sobrino. La víspera del Corpus se le llamaba la fiesta del Cabildo, o reunión de hermanos para la elección de los cargos, y que se seguía/sigue de una merienda a base de chorizo. También la Hermandad acompañaba los entierros de hermanos portando los ciriales y una cruz llamada «manga», y también, como en su origen medieval, su finalidad no era/es tan sólo pía, sino caritativa y asistencial.

Entre lo netamente religioso y lo puramente folklórico, se encontraba, se encuentra, el canto de villancicos y el aguinaldo, con la diferencia entre el antes y el después, pues, a decir de los mayores, antes cantando se pedían morcillas o chorizos de la reciente matanza, y hoy, monedas y chucherías.

Los costumbríes: Quintos y Calderfeta

LOS quintos, los mozos que llegados a la edad reglamentaria debían incorporarse a filas, celebraban su fiesta el primer sábado de marzo, en la víspera del domingo en que se tenían que presentar en el Ayuntamiento para tallarse. La revista recoge el evento como noticia y nosotros lo rescatamos como una crónica pretérita.

Empezaba el rito pronto, por la mañana, reunidos todos a pie de monte con sus hachas para cortar la leña necesaria para la hoguera. Se preparaba el convite y la gran pira en la plaza de las antiguas escuelas; transcurría el día entre chanzas y camaradería; se servía la cena iluminada por el fuego ritual, se bebía, se bebía abundantemente, y, ya de madru-

gada, se preparaba entre las ascuas, en una marmita, el chocolate refortalecedor. Era la gran noche de quintos, costumbre que se repetía en todos los pueblos de España, costumbre rural o de ciudad chiquita, costumbre que marcaba cada nueva hornada de jóvenes de la misma edad como generación independiente, una fiesta de hola y adiós, de despedida y bienvenida.



Si la celebración del día de la Patrona es el corazón religioso de las Fiestas, la Caldereta, el toro que lidiado se guisa, es el corazón laico. Hoy, la Caldereta está declarada como fiesta de interés cultural de la Comunidad de Madrid. Siendo esta cena comunal, en multitud de versiones, una fiesta antaño tan popular y extendida en tantos pueblos, queda la de Hoyo, con toda seguridad, como la que mejor se conserva con todo el esplendor de su tradición incólume de entre las que se celebran de este tipo en España.

La carne guisada del toro ha estado desde tiempos remotos asociada a ritos paganos que se adaptaron a las fiestas populares cristianas. Su antigüedad siempre se ha presumido tan lejana como incuestionable, pero, cuando llegamos al supuesto concreto, cuesta definir el origen. ¿Desde cuando existe la Caldereta en Hoyo? Al margen de presunciones, no lo podemos saber, o no lo podemos saber aún, mientras no se encuentren referencias fidedignas. A lo que sí podemos recurrir es a la tradición. Cuesta pensar que es el resultado de una costumbre continuada desde tiempos primitivos, cuando se concebía

como una fiesta telúrica y dionisiaca que pasó de generación en generación adaptándose a los pueblos y culturas que se sucedieron, y cuesta porque no está demostrado que las tierras de Hoyo estuviesen habitadas sin interrupción ni siquiera desde que nos constan los poblamientos de la edad tardoantigua, por lo que más peregrino resulta pensar que con anterioridad hubo habitantes con las mismas costumbres. Por eso, lo más razonable es pensar que se trata de una fiesta importada en algún momento de su historia, más cerca que lejos en el tiempo, y tal como sucede en otros lugares donde no es extraña una variante de esta fiesta, tal como en el Boalo.

En la revista se trata sobre este rito festivo/gastronómico como de una tradición de no más de dos siglos que se celebraba en la Plaza Mayor como colofón a la lidia de los toros. Que se recuerde, y así lo reflejan, el día 9 de septiembre se corría el toro de los mozos, los solteros, y el día 10 el de los casados, pagados ambos a escote entre los participantes, y sin aportación municipal alguna. El toro de los mozos se guisaba en caldereta para ser distribuido al día siguiente en porciones iguales mientras se lidiaba el de los casados, todo ello en la plaza mayor, la vieja, reconvertida en coso con el cerramiento de carros. Luego, con el devenir, el reparto de la carne se empezó a hacer después de la lidia, por la noche, a modo de cena, imponiéndose un ritual que ha llegado hasta nosotros, consistente en que los que repartían el condumio pinchaban la carne directamente de la caldera y se la ofrecían al público marchando de espaldas, disponiendo el que hacía de maestro de cere-

monias los momentos en que se podía y no se podía servir, a la voz de coto abierto, coto cerrado, según el caso, y castigando con un varazo al que no cumplierse el rito. Tras la cena, se distribuía el vino que se depositaba en unas garrafas de la que salían seis tubos de goma para que más mocerío pudiese beber a la vez. Del guiso se encargó siempre una familia. Hasta el año 1975 fue labor del Tío Macario, siendo sustituido por su hijo, Matías Sanz. A día de hoy, un hijo de éste, nieto de aquel, mantiene la tradición.

La Guerra Civil interrumpió la cena, que se retomó en el año 1958 cuando un grupo de vecinos se agrupó en una asociación de hecho para impulsar de nuevo el rito con absoluto respeto a la tradición en lo básico, aunque adaptado a los tiempos en cuestión de orden público y rigor sanitario. En el año 1978 se constituyó formalmente en asociación. Sus fines abarcan actividades recreativas y culturales múltiples. Pero eso es otra historia. Lo que apreciamos en la revista es el valor que siempre los naturales de Hoyo otorgaron a sus tradiciones, y la verosimilitud de los recuerdos. Tengamos en cuenta que en 1980 muchos ancianos podían dar su testimonio propio y heredado de varias generaciones anteriores, con lo que ya tenemos la edad mínima de esta fiesta.

Las inquietudes de entonces

SI bien en todos los números se incluía una breve noticia sobre los acuerdos del Pleno del Ayuntamiento, no son estas informaciones las que nos llaman la atención, por cuanto de las mismas

ha quedado constancia en el archivo municipal, es decir, son fuente escrita perfectamente localizada y custodiada. Lo que nos interesa, lo que nos llega a conmover, son esos otros aspectos cuyo rastro sólo ha quedado reflejado en esta revista.

Resaltamos en ese año largo en que se publica la revista las inquietudes por la reforma del casco histórico y la iglesia vieja; el asfaltado del pueblo, que todavía entonces lucía mayormente de arena y grava; el traslado de las vaquerías del centro urbano a la periferia; la sequía y la gestión del agua o el consumo de energía, pero entre las cuestiones más chocantes, atendida desde nuestra perspectiva, está la reivindicación de la apertura al tráfico rodado de la carretera de Torreledones al Pardo y la terminación y apertura de la carretera comarcal 601, la llamada de la República, de la que se conservan a su paso por tierras de Colmenar, a la altura de la Fuente de la Huella del Portugués, tramos a modo de pista forestal.

El Ayuntamiento, a través de la revista, incitó a los vecinos para que aportasen ideas para la confección del escudo de la Villa. No hubo una respuesta abrumadora, pues como me cuenta Pepe *el Grillo*, apenas él acudió a la llamada para aportar símbolos válidos y concluyentes, que sólo podían tener su fuente en la historia, las costumbres y la geografía. Para entonces, don Mariano Fernández había fallecido.

En el afán divulgativo de la revista se enmarcaron páginas de creación literaria, opinión sobre cuestiones locales, humor, recetas, cine club, servicios (como autobuses y programa de Fiestas), cróni-

cas taurinas, el campeonato de «El Chito», y siempre una página sobre la flora de la sierra, con un dibujo y la descripción de tres o cuatro especies realizado por José Manuel López Marina. Fue éste un antecedente de la magna obra de José González Fernández, *El Grillo*, autor de la *Flora Silvestre en Hoyo de Manzanares*, censo total de vegetación publicado más de veinte años después en edición privada y actualmente incorporado a la Biblioteca Digital del Real Jardín Botánico.

Si bien hemos incidido en esta crónica en el valor de los datos históricos de transmisión oral vertidos en la revista, no es menos cierto que, a cuarenta años de su publicación, otros muchos reportajes y noticias, entonces de actualidad, son ahora venero y fuente de historia. Así, podemos seguir el origen de instituciones varias como la Asociación de Padres; el Centro de Mayores; la Banda de Música con entrevistas a su promotor, Francisco Arque y a su director, Felipe Adrián Conde; el origen de algunas peñas, hoy extintas o vivas; el origen de la agrupación deportiva, con una entrevista a su promotor y primer presidente, Felipe Moreno Colmenarejo, o el ya consolidado y afamado Rally de Hoyo de coches antiguos que hacía sus primeros recorridos desde Peñascales hasta Colmenar.

La Voz de Hoyo fue, que sepamos, la primera revista que en el pueblo y para el pueblo se editó. Su grupo motor lo componía un elenco de jóvenes que se reunían en un cuarto de las antiguas escuelas con apenas unas mesas y sillas y tres máquinas de escribir. Tuvieron el apoyo, no exento de sutil cen-

sura, del legendario Alcalde, don Francisco Martínez Blasco, el «Negro», y el del enérgico cura-párroco, don Alejandro Peñamedrano, que supieron encauzar su inquietud como pregón de múltiple voz.

Carmen Baelo, Lorenzo Baelo, Mari-sa Baelo, Javier Blasco, Daniel Campo, Alberto Egido, Marga Hoyas, José Manuel López, Eugenia López, Jesús Martín, Pedro Martínez, Lorenzo Moreno, Alfredo Martínez, y el párroco, don Alejandro Peñamedrano, fue su plantilla, además, colaboraron varios vecinos, bien con sus escritos, bien con sus declaraciones. A todos ellos debemos el trascendental efecto de lo escrito, porque lo escrito, escrito está, constatando la historia, haciendo historia.

No quiero cerrar estas páginas sin una breve y necesaria semblanza sobre Juanín Santos Adalid. Ha sido él quien me dio la pista de esta publicación y me hizo ver su valor. Agrónomo de profesión, ganadero por vocación, hombre de campo ilustrado, se maneja, sin impos-tura ni descaro, con una mezcla de formas, pues sabe andar con la misma soltura tanto por barro como por el parqué. Juanín ha crecido atento a las historias de sus mayores, de lejanísima raigambre serrana, y siempre quiso y ha sabido retener, desgranar y enjuiciar lo aprendido con equilibrio y cariño. Yo le pregunto, y tomo nota de todo lo que me cuenta, porque él, agarrado a su voluntaria e incomprensible agrafía, desiste de hacerlo. Me pasa el testigo para dejar constancia por si ocurriese que algún día, sin querer, deviniese en el último relator de Hoyo. ✦



Extraordinaria pieza de valor y rareza, firmada en 1928 por A. García Villar, de la Escuela de Cerámica de Francisco Alcántara. Es un conjunto de veintiséis placas que seguramente se engloben –dado su diseño– en un conjunto mayor y están adosadas en el exterior de la Casa Alcántara, en el centro de Hoyo de Manzanares. Dicho edificio y los jardines que lo rodean fueron donados, para fines sociales, al pueblo por los herederos de Francisco Alcántara y de su hijo, Jacinto Alcántara, que le sucedió en la labor artística y docente.

Fotografía de **Ernesto Hidalgo Membiela** (Asociación Cultural El Ponderal)



